

salida al frente de mil doscientos guerreros intrépidos, sorprendió al rey de Aragón en medio de cien mil hombres, y le quitó la vida con su mano, lo que infundió tal ter-

ro en sus tropas que se dispersaron, sin ser posible á los oficiales reunir siquiera cincuenta hombres. A lo menos está fuera de toda duda que este héroe ganó en Mu-

éxito de la primera carga volvieron á acometer con nuevo brío y rompieron las filas de los navarros; y aunque acudió con oportunidad el rey D. Pedro con sus aragoneses, lograron todavía algunos audaces moros penetrar hasta cerca de donde estaba el rey de Castilla, el cual á vista de aquello, aunque sin inmudarse, *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente*, dice la Crónica, se dirigió al arzobispo D. Rodrigo y le dijo en alta voz: *Arzobispo, yo é vos aquí miramos; á lo cual contestó: Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos*. Entonces dijo el rey: *Pues vayamos á prisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afincamiento*. En vano Fernán García se avalanzó á la brida del caballo del rey para contenerle y evitar que se metiera en el peligro; en vano le decía: *Señor, id paso que acorrer habrán los vuestros*; el monarca castellano, al ver á un clérigo que revestido con casulla y llevando una cruz en la mano venía ya desalentado y perseguido por un peloton de moros que así se burlaban de su pusilanimidad como denostaban al sagrado signo que en la mano traía y le apedreaban, apretó los hijares á su caballo, y encomendándose á Dios y á la Virgen y blandiendo su lanza, dióse á correr contra los atrevidos infieles, siguiéndole todas sus tropas con los obispos y clérigos. Don Domingo Pascual canónigo de Toledo y crucero del arzobispo, impelido de divino celo, atravesó dos veces el ejército mahometano, sin que las innumerables saetas y dardos que le tiraron le hiciesen daño ni le tocasen, ni tampoco le cerrase el paso ni le oprimese la inmensa caballería, mayormente estando tan apretada que apenas podía maniobrar para su defensa. Con esto entusiaszó de tal modo á los cristianos, que todos arremetieron desesperadamente, derribando cuanto se les ponía por delante, haciendo perder á los sarracenos el terreno que habían ganado, hasta llegar cerca de la guarida de Mohammed. Entonces Abu Said que mandaba los voluntarios, mandó á los escuadrones andaluces avanzar en socorro de los almohades y africanos que sostenían todo el peso de la batalla y morían ya á millares heridos por las lanzas castellanas; pero aquellos, que según ya dijimos estaban resentidos de la muerte dada al caudillo andaluz Aben Cadis, habían jurado vengarse del emperador y su vazzir, y picados también de verse colocados á retaguardia y formando cuerpo á parte como si no perteneciesen al ejército musulmán, en vez de acudir al llamamiento de Abu-Said, volvieron riendas, y como si les sirviese de satisfacción el destrozo que los cristianos comenzaban á hacer en sus rivales, se alejaron del campo entregando á sus correligionarios á su propia suerte. Desde este momento el combate sostenido hasta entonces con valor por los almohades se convirtió en un degüello general de aquella inmensa morisma. Quedaba no obstante íntegro, dice el señor Lafuente, el parapeto de los diez mil negros que circundaba y defendía la tienda de Miramamolín. Multitud de caballeros cristianos cargó con brío sobre aquellas murallas de picas; pero los hombres de atezado rostro, encadenados entre sí é inmóviles como estatuas esperaron á

pie firme la arremetida de los cristianos cuyos caballos quedaban ensartados en las agudas puntas de sus largas y erizadas lanzas. Pronto envistió la acerada balla otra muchedumbre de caballeros que portechados con bruñidas corazas, calada la visera que cubría su rostro, empujaban sus ferrados cuerpos con la misma confianza que si fueran invulnerables contra la falange inmóvil de los apinados etíopes, cuya negra tez y horribles gesticulaciones provocaban mas la rabia de los guerreros cruzados. Pero á pesar de los esfuerzos de tantos campeones, los feroces negros con bárbara inmovilidad, bien que los grilletes los tenían como tapiados, dejábanse degollar, pero ni intentaban ni podían avanzar ni retroceder. El baluarte necesitaba ser roto ó saltado como un muro. Pero Dios tenía dispuesto que nada había de haber inespugnable para los soldados de la cruz en aquella jornada. De repente mil gritos de aclamación levantados á un tiempo en las filas españolas anunciaban haber ocurrido alguna novedad feliz; y en efecto: en medio del palenque de los bárbaros mahometanos descollaba un ginete tremolando el pendon de Castilla; era don Alvar Nuñez de Lara, que impulsado de su arrojo y ayudado de su fogoso y altísimo corcel, obediente al acicate, había salvado de un prodigioso salto el acerado parapeto y corbetando en medio de los enemigos con orgullosa alegría, como si estuviese dotado de inteligencia, parecía anunciar ya y regocijarse de la victoria. El ejemplo de Lara estimuló á otros caballeros; pero espantados los caballos vuelven las ancas hácia las filas, y cozeando contra las puntas de las lanzas parecía significaban á sus dueños la manera cómo se podía romper aquel baluarte; entonces los ginetes dando estocadas de revés lograron abrirse paso; pero al penetrar en el círculo se encontraron allí ya al rey de Navarra que rompiendo la cadena por otro lado había entrado acaso antes que Nuñez de Lara. Al navarro siguieron varios tercios aragoneses como al abanderado de Castilla los castellanos, y ya entonces todo fué destrozo y mortandad en los obstinados negros que caían á centenares y aun á miles sin rendir las armas y blasfemando de los cristianos y de su religión en su algaravía grosera. El Miramamolín Mohammed, que á la sombra de un lujoso pabellon leía el Corán durante la pelea, cuando oyó los gritos de victoria de los cristianos y vió que faltaba poco para que llegaran á su tienda soltó el libro y pidió el caballo. «Monta, le dijo un árabe que cabalgaba en una yegua; monta, señor, en esta castiza yegua que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizá Dios te libraré, que en tu vida consiste la seguridad de todos. Y no te descuides, añadió, que el juicio de Dios está conocido, y hoy es el fin de los musulines.» Y montó el antes orgulloso emir, y dirigióse á todo escape á Jaen acompañándole el alarabe en un caballo, «y huyeron, dicen sus crónicas, envueltos en el tropel de la gente que huía, miserables reliquias de sus vencidas guardias.» Los cristianos persiguieron á los fugitivos hasta cerrada la noche; el rey de Castilla había mandado pregonar que no se hiciesen cautivos, y en su virtud se cebaron los cristia-

ret una victoria de las mas brillantes que menciona la historia (1). Los obispos que se hallaban presentes, escribieron llenos de admiracion una carta á todos los fieles (2).

nos en la matanza hasta dejar tan espesamente sembrados de cadáveres todos aquellos campos que apenas podían dar un paso por ellos los mismos vencedores. El arzobispo de Toledo, volviéndose al rey de Castilla, le dijo con noble y digno continente: «Acordaos, señor, que el favor de Dios ha suplido á vuestra flaqueza, y que hoy os ha relevado del oprobio que pesaba sobre vos. No olvideis tampoco que al auxilio de vuestros soldados debeis la alta gloria á que habeis llegado en este día.» Despues de esta vigorosa alocucion que revela el ascendiente del venerable prelado sobre el monarca, el mismo arzobispo, acompañado de los obispos castellanos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Placencia y Pedro de Avila, entonó con voz conmovida sobre aquel vasto cementerio el *Te Deum laudamus*, á que respondió toda la milicia llorando de gozo. En cuanto al número de musulmanes muertos en la memorable jornada de las Navas de Tolosa, que los árabes llaman la batalla de Alcab (la colina), ascendió, según el arzobispo don Rodrigo, á cerca de doscientos mil, al paso que el de los cristianos apenas si llegó á veinticinco. Los mismos árabes en sus crónicas dicen, según refiere Conde, que dos cristianos los envolvieron con sus escuadrones haciendo en ellos atroz matanza... y perecieron innumerables voluntarios: de todos dieron cabo, hasta el último soldado murió peleando.» Y mas adelante: «siguieron los cristianos al alcance y duró la matanza en los musulimes hasta la noche... hasta no dejar un vivo de tantos millares.» En este memorable día todos pelearon con heroica bravura, castellanos, navarros, aragoneses, leoneses, vizcainos y portugueses. «Si quisiera contar, dice el arzobispo historiador, testigo y actor en aquella batalla, si quisiera contar los altos hechos y proezas de cada uno, faltaríame mano para escribir antes que materia para contar.» Sobre todo se distinguieron los tres reyes peleando como simples soldados y lanzándose los primeros al peligro. Fueron inmensos los despojos que se recogieron, multitud de cargas de camellos y de bestias de carga, infinitas vituallas; y lanzas, adargas en tanto número que á pesar de no haberse empleado en dos días enteros otra leña para el fuego y para todos los usos del ejército vencedor que las astas de las lanzas y flechas agarenas, apenas pudo consumirse una mitad; incalculable fué también el botín de oro y plata, de tazas y vasos preciosos, de ricos albornoces y finisimos paños y telas, gran cebo y tentacion de pillage para la soldadesca si no la hubiera contenido la excomunion con que el prelado de Toledo había conminado á los que se entretuvieran en pillar el campo enemigo. Todo era recogido por mano de los esclavos (dice el señor Lafuente; Mariana cuenta que se prefirió dejar á cada cual coger lo que le acomodare y pudiere), y el generoso rey de Castilla lo distribuyó despues entre los navarros y aragoneses, dejando para sí y sus castellanos ó ninguna ó la mas pequeña parte, y contentándose con recoger el mas rico de todos los despo-

(1) Petr. cap. 71 et 72.

(2) Id. 73; Tom. 11. Conc. p. 99.

«Los montones de enemigos, dicen entre otras cosas, que han quedado en el campo de batalla son tan grandes y tantos, que es imposible saber el número: de los nuestros

jos, la gloria. La lujosa tienda de seda y de oro del gran Miramamolín fué á la capital del orbe católico á servir de trofeo en la gran basílica de S. Pedro, según ya refiere arriba nuestro historiador; Burgos conservó la bandera del rey de Castilla, Toledo los pendones ganados á los infieles, y con razon el rey de Navarra añadió al escudo hermejo de sus armas cadenas de oro atravesadas en campo de sangre, con una esmeralda que ganó tambien en el despojo, como en memoria de haber sido el primero á saltar las cadenas que ceñían el campamento enemigo.—A vista de tan prodigiosa victoria nada extraño es se contara haber habido varios milagros en aquella batalla; contábase que una cruz roja semejante á la de Calatrava se había aparecido en el cielo durante la pelea; que en medio de tanta mortandad y carnicería de agarenos no se había encontrado en el campo rastro ni señal de sangre; que los moros se habían quedado aterrados y sin accion al mirar el pendon de Castilla con el retrato de la Virgen, y otros prodigios semejantes. Como quiera que sea, no puede menos de verse la mano de Dios en este memorable suceso. «La verdad es, dice el P. Mariana, que esta victoria nobilísima y la mas ilustre que hubo en España, se alcanzó no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los Santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma.» «Vióse claro, dice Ortiz hablando de la huida de Miramamolín, que quiso Dios sobreviviese á su derrota y viese humillada su vana soberbia... Muchas circunstancias concurrieron en esta victoria que la hicieron prodigiosa y admirable; pero dos en particular deben tenerse por milagrosas» (el aparecimiento del pastor que enseñó el camino y lo ocurrido con el canónigo Pascual, crucero del arzobispo de Toledo). «...Harto prodigio fué, dice el señor Lafuente, tan solemne y completo triunfo ganado contra el mayor ejército que habían podido congregarse jamás los orgullosos sectarios del Profeta. Con fundamento, pues, se instituyó en toda España en memoria de tan gran suceso la fiesta que todavía celebra todos los años el 16 de julio con el nombre del *Triunfo de la Cruz*; fiesta que con particular solemnidad se celebra anualmente en Toledo llevando en procesion los pendones ganados en la memorable jornada de las Navas.» «Disimúleseos pues en gracia de tan prodigioso suceso si en relatarlo hemos escedido los límites de una nota.

A los tres días del combate y despues que los reyes acopiaron y distribuyeron á las tropas el inmenso despojo de los reales enemigos y se emplearon la muchedumbre de viveres y municiones hallados en el campo y alrededores, ocuparon sin oposicion las fortalezas de Ferral, Baños, Bilches y Tolosa. Siguió luego el ejército vencedor, todavía reunido, el camino de Andalucía hasta Baeza, que halló abandonada de los moros retirados á Úbeda que era plaza mas fuerte. Creyeron estos podían defenderse y defenderla; pero les engañó su confianza. El viernes 20 de julio fué sitiada Úbeda por los nuestros, y el 23 hubo ya de rendirse y entregarse salvos las vidas. Su breve

no ha habido mas que un solo caballero muerto y muy pocos sargentos. Nosotros los obispos de Tolosa, de Nimes, de Uzés, de Lodeve, de Beziers, de Agde, de Cominges, con los abades de Clairac, de Vallemagna y de Santiberi, certificamos ser cierto todo lo espuesto. El cuerpo del rey de Aragon, hallado desnudo en el campo de batalla, fué reconocido y en-

rendicion se debió á un intrépido aragonés, Juan de Mallen, que parece era page de lanza de don Lope de Luna, el cual tuvo resolucion de subir al muro en una escala de mano á vista de los moros que coronaban armados las almenas. Abandonaron tambien á Úbeda los enemigos, quedándose muchos de ellos cautivos de los caballeros de las órdenes, quienes los emplearon en reedificar iglesias; y no teniendo nuestros reyes gentes de que poblarla, demolieron sus muros y fortalezas. Los ardientes calores que sobrevinieron causaron enfermedades en el ejército, y en su vista determinaron los reyes emprender la retirada de Andalucía. En Calatrava encontraron al duque de Austria que venia con gran séquito á tomar parte en la guerra santa y ganar las indulgencias en ella concedidas; mas no siendo ya necesario volviése desde allí con el rey de Aragon, así como los de Navarra y Castilla se encaminaron á Toledo, donde fueron recibidos procesionalmente por el clero y pueblo entusiasmados, dirigiéndose todos á la iglesia catedral á dar gracias á Dios por la victoria que habia concedido al ejército cristiano. A los pocos dias el rey de Navarra se despidió del de Castilla, el cual en agradecimiento le devolvió quince plazas de su reino que le habia tomado y que con diversos pretextos retenia en su poder.—En cuanto á Miramolin, despues de haber desahogado su rabia en Sevilla haciendo decapitar á los principales jeques andaluces, á cuya defeccion atribuia la derrota sufrida, pasó á Marruecos donde avergonzado de sí propio y despreciado de los suyos se ocultó en su alcázar, esforzándose en vano en templar con los vicios y deleites á que se entregó la amargura que le devoraba, y dejando el cuidado del gobierno á su hijo Cid Abu-Yacub, á quien juraron obediencia los Almohades, apellidándole Al-mostansir Billah. Así vivió Mohammed (el rey verde) hasta el 1213 en que murió envenenado.

Por su parte el rey de Castilla, malavenido con la ociosidad se propuso en el año siguiente (1213) continuar sus conquistas en Andalucía, á pesar de la peste y hambre que asolaban aquellas provincias; tomó á Dueñas, Alcañiz y otras varias plazas, y hubiera continuado sus conquistas á no haberle arrebatado la muerte en la aldea de Gutierre Muñoz, á dos leguas de Arévalo, donde despues de recibidos los sacramentos, falleció el día 6 de octubre de 1214, á los cincuenta y siete años de edad y casi cincuenta y cinco de reinado. Este monarca, célebre por su valor, su firmeza de carácter y sus triunfos, se hizo amar de sus súbditos por su desinterés y generosidad, al mismo tiempo que le respetan todos los pueblos y todos los soberanos por la elevacion de su alma y la

terrado por los caballeros de San Juan, á los cuales habia hecho mucho bien. Dejaba por sucesor á un hijo de solos cuatro años que cayó en manos del conde de Monforte, pero le dió libertad á instancia del Sumo Pontífice, y reinó con el nombre de Jaime I (a).

nobleza de sus sentimientos. Siempre activo y laborioso, defendió su reino combatiendo los enemigos del nombre cristiano; ilustró la Religión mostrándose invariablemente hijo sumiso de la Iglesia; fué amigo y protector de las letras y artes, como lo manifestó fundando la Universidad de Palencia; y por fin, Alfonso VIII, llamado el Noble, fué uno de los mas grandes príncipes que ha tenido España, y así como al nombrar á Alfonso VI se añade siempre *ael que ganó á Toledo*, así al nombre de Alfonso VIII acompaña siempre la frase *ael de las Navas*; que fueron los dos grandes triunfos que decidieron de la suerte de España y prepararon su libertad. Sus mortales restos fueron conducidos al monasterio de las Huelgas que él habia fundado; y terminados los regios funerales fué alzado y jurado rey de Castilla su hijo el infante don Enrique, bajo la tutela de doña Leonor su madre, pues él no tenia mas de once años. Mas como doña Leonor, agoviada por el dolor de la pérdida de su esposo, solamente le sobreviviese 23 dias, quedó el rey niño bajo la regencia y tutela de doña Berenguela, su hermana mayor, con arreglo á las disposiciones testamentarias de sus padres y por la voluntad de los prelados y señores de Castilla. Véanse Mariana, lib. 11; Ortiz, lib. 8, cap. 9; y Lafuente, part. 2, lib. 2. (N. del E.)

(a) Don Pedro II de Aragon, á quien en el principio de su reinado vimos perseguir con tanto celo y lanzar de sus dominios á los hereges, vino despues á manchar su nombre y oscurecer toda su gloria por la union y estrecha alianza que hizo con el conde de Tolosa. A mas de aquella primera prueba y de la tan brillante que dió en la batalla de las Navas, habia mostrado el soberano aragonés su afecto á la verdadera Religión en otras muchas ocasiones. En 1204 deseoso de visitar los santuarios de Roma y de ser coronado con solemnidad, cosa que hasta entonces no acostumbraban los reyes de Aragon, quiso fuese el Papa quien le diese la corona. Esperábanle en Ostia algunos cardenales enviados por el Papa Inocencio, y el senador de Roma con un lucido acompañamiento. Condujéronle á la ciudad con grande regocijo y fiesta. Pasados dos dias salió el Papa á la iglesia de San Pancracio, en la cual, día de la Presentacion de la Santísima Virgen 21 de noviembre (así Ortiz; Lafuente dice 3 de noviembre, y ni una ni otra fecha concuerda con la de *tertio idus novembris*, 11 de noviembre, del documento que luego trascribimos) fué el rey ungido por Pedro, obispo Pertuense; el Papa le puso la corona y fué adornado con las insignias y vestiduras Reales. El rey juró fidelidad y obediencia al Papa Inocencio y legítimos sucesores y á la Iglesia católica. Volvieron luego á la Basílica Vaticana, y el rey puso sobre el altar de San Pedro el cetro y la corona, y el Papa le ciñó la espada para defensa del nombre cristiano. En agradecimiento de estos tan distinguidos honores,

Esta victoria dió un golpe mortal al partido tanto tiempo temible de los albigenses. El celo de la cruzada se reanimó en todas partes. El duque Eudo III de Borgoña acu-

obligóse D. Pedro á dar en censo anual á la Santa Sede doscientas cincuenta doblas ó maravedís de oro por estas palabras: «Yo Pedro, rey de Aragon, aseguro y ofrezco ser siempre fiel y obediente al Papa señor Inocencio, á sus legítimos sucesores y á la Iglesia romana; y conservaré mi reino en su obediencia fielmente defendiendo la fé católica y persiguiendo la heregia. Guardaré la libertad y la inmunidad de las iglesias y defenderé sus derechos. Procuraré guardar paz y justicia en todo mi reino. Así Dios me ayude y estos Santos Evangelios.» En la obligacion del censo dice el rey: «Creyendo yo de corazon y confesando de boca que el Pontífice romano, sucesor de San Pedro, es Vicario de Aquel por quien los reyes reinan y los príncipes imperan, y domina en el reino de los hombres, y lo dará á quien quiera: Yo Pedro, por la gracia de Dios rey de Aragon, conde de Barcelona y señor de Montpellier, deseando ser protegido principalmente, despues de Dios, por San Pedro y por la Sede Apostólica, á vos reverendísimo Padre y Señor Sumo Pontífice Inocencio, y por vos á la Santa Sede Apostólica romana, ofrezco mi reino y le obligo á un censo de la Cámara Real de doscientas cincuenta doblas (el original pone *masse mutina*, que parece sería moneda usual de Módena, y nuestros historiadores entienden dobla ó florin de Aragon) cada año perpetuamente para remedio de mi alma y de mis padres, y por amor de Dios; de forma que yo y mis sucesores quedamos á ello tenidos. Decreto, pues, por ley de perpetuidad cumplirlo, pues espero y confío firmemente que vos y vuestros sucesores defenderéis á mi, á mis sucesores y á mi reino por autoridad apostólica, mayormente por haber sido coronado rey por vuestra mano en Roma como por las de San Pedro, habiéndome venido á ella por mi gran devocion y cordial afecto. Y para que esta Real concesion tenga inviolable firmeza, la hago corroborar con mi sello, de consejo de los magnates de mi corte, principalmente el venerable Padre mio el arzobispo de Arlés mi tío, y Hugo de Bancio y Arnaldo de Tociano mis barones. Hecho en Roma en San Pedro, el año de la Encarnacion del Señor MCCIV, tertio idus novembris. Anno regni mei IIX.» El Papa le otorgó á su vez que en adelante los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus dominios por manos del metropolitano de Tarragona; le nombró Gonfalonier y dispuso que en honra de la casa Real de Aragon los colores del estandarte de la iglesia fuesen de allí adelante los de las armas Reales, que eran el amarillo y encarnado. Concluidas las ceremonias, regresó el Rey á Provenza, y Mariana dice llevaron á mal los naturales que D. Pedro hubiese hecho feudatario de la Santa Sede el reino.—Como D. Pedro II de Aragon tenia fama de animoso y de ser uno de los mas denodados caballeros de su tiempo, ó al menos tales eran las noticias que habian llegado á Jerusalem, movidos de ellas los caballeros que gobernaban aquel reino requirieron al de Aragon para que tomase á su cargo su defensa contra los turcos que se habian apoderado de la mayor parte de la Tierra Santa y ofrecíanle el reino juntamente con la mano de su sucesora María, hija de la reina Isabel y del marqués Conrado. Tan

dió de nuevo al socorro de Simon de Monforte, con los arzobispos de Lyon y de Viena. El príncipe Luis de Francia, hallándose ya libre por una tregua concluida entre Felipe y el conde de Barcelona, se adelantó con el ejército delante llevaron aquellos su propósito que María juró en presencia de los prelados y grandes maestros que recibiria por esposo al de Aragon siempre que este cumpliese lo que los embajadores le encomendarian como conveniente á Tierra Santa. Mas cuando esto se trataba allí en los Santos Lugares, ya el aragonés, dice Lafuente, se habia anticipado á casarse con María de Montpellier, hija única del conde Guillermo y de Eudoxia, la hija del emperador Manuel de Constantinopla, aquella misma con quien habia concertado desposarse su padre Alfonso II de Aragon. Estas bodas de don Pedro se celebraron en el mismo año de su coronacion en Roma (1204), y el rey de Aragon se tituló señor de Montpellier. De este matrimonio nació el célebre don Jaime I de Aragon, pues aunque don Pedro se habia separado de su esposa y no hacia vida conyugal con ella, y hasta siguió luego un largo pleito que al fin perdió para que se declarase nulo el matrimonio, viendo con harto dolor el clero y los principales de la ciudad que el rey se dejaba llevar de la lascivia, apelaron al ardid de introducir á oscuras una noche en la cámara del rey su legítima esposa en lugar de la amiga que esperaba. Descubierta por la mañana el caso, el rey lejos de sentirlo, aplaudió el ardid de sus fieles servidores; pero en aquel mismo día montó el rey á caballo y salió de Montpellier. Con que en aquella noche, por disposicion divina lo fué para propagar la república y la Religión cristiana, como lo prueban las proezas que despues hizo. Cuéntase que cuando nació en 1207, queriendo la reina su madre ponerle por nombre uno de los doce Apóstoles, mandó encender doce velas iguales con los nombres de ellos, resuelta á ponerle el de la vela que mas durase, y habiendo sido esta la del Apóstol Santiago, le puso el de Jaime, que en aquel reino es sinónimo de Santiago. Quien quiera ver mas pormenores acerca de estos sucesos puede leer la historia de Muntaner, que conoció á don Jaime, y de quien los copia el señor Lafuente.—Volviendo á don Pedro, habiendo presentado en Cataluña y Aragon algunos albigenses, juntó Cortes en Lérida en 1210 y allí se promulgó un edicto contra los excomulgados que dentro de un año no entrasen en el gremio de la Iglesia católica, reconociendo en el Pontífice la facultad esclusiva de absolverlos, y añadiendo además la inhabilitacion para heredar y testar y la pena de infamia. Tambien se acordó en estas Cortes una expedicion contra los moros de Valencia.—Solicitado don Pedro en 1210 por los legados pontificios y por los condes de Fox, de Tolosa y de Monforte, asistió á una conferencia en Narbona con muchos obispos y abades, y obligó al principal fautor de los albigenses á jurar que los arrojaría á todos de sus dominios. Tovo despues otra conferencia con Simon de Monforte en Montpellier, y entonces dice Pedro de Valsernay, nuestro Ferreras y otros, le confió la educacion de su hijo Jaime I, y se acordó el casamiento de este con la hija del conde. Todas estas acciones verdaderamente cristianas, merecieron al rey de Aragon el renombre de Católico; pero arrastrado despues,

lpe Augusto y el rey de Inglaterra, se dió prisa á cumplir el voto que hizo tres años antes. En poco tiempo las plazas que les quedaban á los sectarios cayeron en poder del gefe de los cruzados, el cual se vió entonces dueño del Langüedoc, de Querci, de Agen, de Rovergue y de una parte de la

verosímilmente, por los lazos del parentesco que le unian al conde de Tolosa, perdió el mérito de todos sus hechos anteriores haciéndose el primer caudillo del ejército de los hereges, con lo que atrajo sobre su cabeza el castigo del cielo con la desgraciada muerte que tuvo en la accion que refiere nuestro historiador, en la que perecieron tambien los principales señores y grandes de Aragon que le habian seguido en aquella desastrosa campaña. Por lo demas, el rey don Pedro fué uno de los príncipes mas famosos de su tiempo, celebrado con encarecimiento por los antiguos escritores. Era de estatura heróica (dice un escritor), gallardo, liberal, magnifico hasta la prodigalidad, humano, amable y tan honrado y fiel á sus promesas, que por cumplir las que hiciera al conde de Tolosa perdió la vida. Fundó la caballería de San Jorge en el año de 1204, y le hizo donacion del desierto de Alfama, para que se erigiese la primera casa de la orden. Cultivó con tal primor la poesia provenzal, que es contado entre los mas célebres trovadores de su tiempo. Véase la histor. de Langüed. tom. 3, pág. 233.

El conde Simon de Monforte, lograda ya la victoria, permitió á los aragoneses y catalanes que recogiesen y diesen sepultura al cadáver de su rey, y ordenó que cuidasen y honrasen al príncipe D. Jaime. Este, que no contaba aun los cinco años, vió alzarse en torno de sí mil dificultades que le hacian casi inaccesible el trono de sus padres. Su tio don Fernando, abad de Montaragon, intentó volver al siglo y apoderarse del reino: iguales proyectos abrigaba en su interior el conde de Rosellon don Saicho, tio del difunto rey, sin embargo de ser muy anciano. Ambos pretestaban que el príncipe era bastardo por la supuesta nulidad del matrimonio de sus padres, aunque este habia sido declarado válido por el Sumo Pontífice, y por consiguiente legitimo el fruto de él. El mismo gefe de los cruzados ponía estorbos á la coronacion del príncipe, resistiéndose á su entrega bajo el pretexto de tener concluido un tratado con el rey don Pedro en el que se estipuló el casamiento de don Jaime con una de las hijas de Monforte. Mas el cardenal legado, Pedro de Benevento, siguiendo las instrucciones del Papa, congregó un concilio en Montpellier, al que asistieron cinco arzobispos, veintiocho obispos y muchos abades y señores, en el que se mandó al conde Simon, bajo pena de perder sus nuevos Estados y amenazándole con las censuras de la Iglesia, que entregase el niño rey á sus aragoneses. No pudo resistir mas el conde; y don Jaime fué conducido á Barcelona y á Lérida (1214), en cuyas córtes fué proclamado rey y teniéndolo en sus manos Aspargo arzobispo de Tarragona (pues don Jaime aun no tenia mas de seis años y medio), le juraron fidelidad y obediencia. Mariana, lib. 12, cap. 3; Ferreras, tom. 6 pág. 51; Ortiz, lib. 2, cap. 1; Lafuente, p. 11, lib. 2. (N. del E.)

Gascuña. El señorío de estos nuevos dominios le fué asegurado algun tiempo despues en el Concilio de Letran, y el conde de Tolosa quedó escludido para siempre como príncipe sin fé, en quien no se podia tener confianza alguna. Creyeron hacer demasiado permitiéndole retirarse á cualquiera lugar propio para la penitencia, con una pension de cuatrocientos marcos de plata, y reservaron para sus hijos algunas posesiones en Provenza. Respecto á la condesa su muger, cuya virtud y catolicismo ponderaban todos, se la conservó el goce pacifico de su dote.

Es difícil concebir cómo de una sangre tan buena cual era la de los condes de Tolosa, tan distinguidos particularmente por su religioso heroismo en las expediciones de Tierra Santa, pudo salir un príncipe tal como Raimundo VI. El conde Balduino su hermano tuvo tal afecto á la Religion de sus padres, que no pudo debilitarle el furor mas bárbaro. Hallándose en Querci durmiendo sin la menor sospecha, fué sorprendido y conducido por los ruteros, aliados de su hermano Raimundo, á uno de sus castillos que sus gentes defendian contra estos bandidos. No queriendo mandarle entregar como lo pedian, le tuvieron dos dias enteros sin comer. Resuelto á morir antes que descender con estos enemigos de las buenas costumbres y de la Religion, hizo venir un sacerdote para confesarse y recibir el santo Viático. Mientras que el sacerdote le conducía, compareció un rutero furioso, el cual vomitando mil imprecaciones protestó que Balduino no comeria ni beberia hasta no haber entregado á otro ruterio que tenia en las cadenas. «Hombre cruel, dijo el conde, yo no pido el alimento corporal, si solo el augusto Sacramento que es el alimento divino de nuestras almas.» Como se obstinaban en negárselo, dijo: «que me le manifesten siquiera y le adoraré devotamente.»

Llevaronle luego á Montalban donde se hallaba el conde de Tolosa, y este hermano bárbaro le hizo poner inmediatamente el cordel al cuello para colgarle. Pidió de nuevo la confesion y el Viático, que le fué negado como la primera vez. Tomó á Dios por testigo de su buena voluntad y de la disposicion en que perseveraba de dar su vida por la defensa de la Religion. Entonces el conde de Fox, ayudado de su hijo y de un caballero aragonés, le levantó del suelo, y con la misma cuerda que los tres le habian puesto al cuello, le colgaron de un árbol. Por esta atrocidad puede juzgarse del carácter y de la impiedad del conde de Tolosa (1214).

Cuando Santo Domingo vió que las guerras de Religion habian llegado á semejantes furores, volvió á su patria, é hizo misiones en Aragon, en Castilla, en Portugal y hasta en las provincias ocupadas por los moros. Entonces fué cuando para interesar la poderosa proteccion de la Madre de Dios estableció por revelacion de la Santísima Virgen la devocion del Rosario, conforme á las costumbres de un siglo y de un pais en que las guerras y continuos desórdenes hacian todavía de la meditacion de los libros santos un ejercicio reservado á pocas personas (a).

(a) Para suplir algun tanto el laconismo con que se expresa nuestro autor acerca de esta piadosa devocion y para que se conozca mejor el origen de una práctica tan santa y saludable como generalmente recibida, y la que tanto honor hace al grande español Santo Domingo de Guzman, añadiremos algunos mas pormenores. La institucion de esta práctica de piedad, dice un escritor, precedió al rompimiento de la guerra; pues que el ver Domingo aproximarse el momento fatal que iba á quitar á muchos los medios de salud y hasta el tiempo necesario para trabajar en su propia salvacion, fué lo que mas le penetró de dolor, é impulsó su celo á interesar en él con sus oraciones á la Madre de misericordia. La instruccion que esta Reina de los Angeles dió á Domingo, apareciéndosele cercada de gloria, fué el primer principio del Rosario, el que publicado luego á luego por aquel Padre de los predicadores, se mostró tan poderoso y útil por la multitud de prodigios que obró en todas partes, que en breve tiempo vino á ser la devocion mas general de la Iglesia de Occidente. Su esencia

Volvió sin embargo otra vez á Francia; pero con el fin de instituir misioneros pacificos, ocupados en el ministerio puramente espiritual y en la salvacion de las almas. Recogiendo poco fruto los primeros discípulos, á causa de no tener vínculo alguno que los ligase á sus funciones, le ocurrió el pensamiento de formar un orden religioso que fuese consagrado á la predicacion del Evangelio, á la conversion de los hereges y á la propagacion del cristianismo. Encontró desde luego diez y seis compañeros que se comprometieron con él para estos trabajos apostólicos y para la vida pobre y mortificada del apostolado (a).

y solidéz tan conocida, tan autorizada por la Iglesia, tan propia en fin para acostumbrar á los fieles á meditar con frecuencia los misterios de nuestra redencion, y á honrar á María Santísima con la imitacion de sus virtudes; las grandes ventajas que han sacado en todo tiempo los cristianos que procuran conformar su vida á la santidad de los objetos que el Rosario ofrece á su consideracion, prueban mas eficazmente que todo encarecimiento que es una práctica religiosa muy conforme al espíritu del cristianismo, muy agradable á la Reina de las vígenes, y por consiguiente muy provechosa para los que desean merecer su proteccion y trabajar fructuosamente en la obra de su eterna salud. Por lo demás, los fundamentos que nos autorizan para reconocer en Santo Domingo el primer institutor del Rosario, aun dejando á parte la comun y constante tradicion de mas de seis siglos, son los testimonios espresos de los Soberanos Pontífices Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Clemente XI, Benedicto XIII y otros muchos. Véase Touron, *Vida de Santo Domingo*, lib. 1, cap. 14. (N. del E.)

(a) Antes de principiar Santo Domingo la fundacion de la orden de los frailes predicadores (dice un historiador) instituyó una orden militar con el título de *Milicia de Jesucristo*, por los años de 1210. Algunos escritores han pretendido que este orden no fué instituido sino despues de la muerte del Santo; pero segun otros está ya hoy demostrado lo contrario. En esta, como se hacia en las demas órdenes militares, recibió el santo fundador personas de ambos sexos y de todos estados. Los hombres quedaban obligados por su profesion á tomar las armas cuando lo exigiesen las necesidades de la Iglesia, para oponerse á las violencias de los hereges y á sus usurpaciones. Las mugeres asociadas á esta sagrada milicia debian combatir á su modo á favor de la Iglesia, ya con sus oraciones, ya por medio de la práctica de todas las virtudes cristianas, y ya finalmente con obras de misericordia. Para este efecto les prescribió el santo fundador á unos y á otras, pero solamente de viva voz, cierta regla de conducta, una forma de hábito y algunas preces que debian rezar todos los dias en lugar de las horas canónicas. Cuando el nombre del bienaventurado fundador fué